

El cambio y la construcción del futuro

Por Diseño Estratégico y Análisis Prospectivo
estpol73@aol.com

Quizá una de las grandes debilidades de México fue un cambio democrático sin los referentes de un proyecto de nación.

El reto no era sólo consolidar la transición, al desmontar los fundamentos del orden autoritario y construir nuevas instituciones garantes de la gobernabilidad. También había que proponer un proyecto a futuro y una visión distinta que superase los valores y marcos culturales del viejo nacionalismo revolucionario.

El problema, sin embargo, fue que los protagonistas de la alternancia parecieron conformarse con el mero cambio en Los Pinos. Ni el ex Presidente Fox ni ahora Calderón han propuesto una imagen de futuro que sacudiese las inercias culturales y dotase de sentido al quehacer gubernamental y social.

La estrategia *fallida*

Dados estos antecedentes, no deja de llamar la atención el contenido del mensaje del Presidente Calderón durante su Tercer Informe de Gobierno. Fue un discurso que rompió sus reticencias y que, de ser tomado en serio, podría ser indicativo de una voluntad política comprometida con la construcción de un proyecto de futuro.

Si en él subyace una auténtica voluntad de cambio, éste no sólo sería discursivo, sino de fondo. En tanto, estaría referido a la manera misma de concebir la acción política.

Al respecto, sólo caben las conjeturas y, con un poco de buena lógica, explorar algunas hipótesis. Una posible explicación apunta a que el cambio en el discurso y en la estrategia presidencial obedece a dos hechos íntimamente ligados: uno es el fracaso de la estrategia y la apuesta política que Calderón quiso impulsar en sus primeros tres años; y el otro, el resultado del proceso electoral intermedio y los escenarios de negociación con una oposición mayoritaria que se visualiza a sí misma en la antesala de Los Pinos.

Es claro el fracaso de la estrategia adoptada durante la primera mitad de su mandato, más allá de las dificultades in-

herentes a la acción de gobernar (las urgencias coyunturales no dejaron espacio para pensar en grande), ilustradas con claridad por el agobio del crimen organizado y las dificultades de la economía internacional, más el cuestionamiento a su legitimidad y el acoso del lopezobradorismo.

La necesidad del cambio

Si en verdad Felipe Calderón está interesado en que el suyo no sea otro gobierno *fallido*, es indispensable romper la inercia, pasar a la ofensiva, y proponer un proyecto de nación claro, portador de nuevos valores y capaz de lograr la adhesión mayoritaria de la sociedad. El Presidente y su partido deben demostrar que quieren el poder para algo.

Se trata de obligar a las fuerzas políticas a definirse con claridad respecto al futuro que quieren construir. Y es un problema serio para la oposición, la izquierda lopezobradorista, porque tendrá que dar cuenta del potencial en el futuro (y no de nostalgias nacionalistas revolucionarias) del llamado "proyecto alternativo de nación".

Para la oposición priísta, en virtud de la naturaleza heterogénea del partido y su falta de una auténtica unidad ideológica y programática, el ideario modernizador (impulsado fuertemente por este partido durante los noventa) no es compartido por todo el abigarrado mosaico político-social que lo conforma y, quizá, ni siquiera sea una expresión mayoritaria.

Los resabios nacionalistas revolucionarios están vivos. El PRI es una suerte de espacio de convergencia y equilibrio precario entre los diferentes grupos de interés y las distintas culturas políticas que lo atraviesan. De ahí que la definición clara de un proyecto de futuro puede comprometer la unidad priísta.

Si el mensaje presidencial fue algo más que un ejercicio retórico y representa, en cambio, la toma de conciencia de la necesidad de una rectificación estratégica a mitad de sexenio, es crucial colocar la idea de la transformación a fondo como eje principal de la agenda y el debate político nacional.

Por tanto, será indispensable que un gobierno que, al parecer no se siente cómodo con la idea de encabezar los festejos por

Si en verdad Felipe Calderón está interesado en que el suyo no sea otro gobierno *fallido*, es indispensable romper la inercia, pasar a la ofensiva y proponer un proyecto de nación claro, portador de nuevos valores y capaz de lograr la adhesión mayoritaria de la sociedad.



el Bicentenario, se apreste, sin afanes provocadores, a ubicar su propuesta programática y ético-cultural como un elemento en la construcción de la nación. Hay que rescatar todo el potencial simbólico de este acontecimiento patrio y así conformar el sustento social y cultural necesario para impulsar un proyecto de futuro.

En este marco, el decálogo planteado por el Presidente Calderón posee el potencial para convertirse en el eje organizador del debate y la negociación política. Con todo, la propuesta es todavía muy general. Habrá que acotarla y convertirla en líneas de política pública e iniciativas legislativas. Y ello se debe hacer a la brevedad.

La dificultad se localiza en la amplia gama de intereses que afectaría una agenda de transformación tan ambiciosa. Mientras los poderes fácticos y las más diversas constelaciones de poder opondrán resistencia ante la eventual afectación de sus privilegios y sus cotos de poder e impunidad, las fuerzas partidarias tratarán de evitar que la estrategia reformista se traduzca en capital político para el Presidente y su partido.

El momento de la ciudadanía

El reto primordial de todo proyecto de construcción del futuro estriba en construir una amplia base social de sustentación para enfrentar intereses y factores de poder. Se debe movilizar y sensibilizar a la opinión pública, impulsar una agenda y negociar alianzas con otras fuerzas políticas, en el

entendido de que en todos los partidos hay fuerzas favorables a la modernización. El reto es construir un bloque orientado al cambio y que trascienda los partidismos.

México enfrenta retos formidables en prácticamente todos los órdenes de su vida social. Se arrastran importantes rezagos productivos, educativos e institucionales que ponen en entredicho la capacidad del país para resolver sus más ingentes problemas y, sobre todo, construir un futuro promisorio para todos los mexicanos.

En este panorama, preocupa la ausencia de un verdadero proyecto de nación. La polarización que aqueja al país también se expresa en la falta de un marco de referencia y una imagen de futuro compartida por una mayoría de mexicanos.

El año 2010 ofrecerá la oportunidad de reflexionar y debatir sin prejuicios en torno a nuestra identidad. Sin embargo, el debate no debe anclarnos en el pasado, sino hacer las veces de plataforma a partir de la cual nos aboquemos como sociedad a construir el futuro.

Ante la polarización de la clase política y su incapacidad para trascender los intereses coyunturales, la ciudadanía debe asumir el liderazgo y proponer una imagen de futuro que dé sentido al quehacer colectivo. Es el momento de la ciudadanía. El futuro y la viabilidad del país dependen, sobre todo, de ella. ❁